

# Salir de casa para amar afuera



El gran sentido de la vida se podría resumir en ir de la «dependencia» a la «libertad». Desde que nacemos somos dependientes. Dependemos de nuestra madre para que nos alimente; dependemos del cariño y del amor de padres, hermanos y/o seres queridos para que el psiquismo se fortalezca. El ser humano es más dependiente que otros seres vivos y si no tiene ese amor como base, quizá, alcanzar su madurez como persona le cueste más.

Pero para ser persona, el ser humano debe superar esta situación de dependencia afectiva y emocional primaria con su madre o grupo familiar para salir de casa, pararse sobre sí mismo y amar afuera. En definitiva, para ser libre hay que dejar.

Actualmente, en los consultorios de los médicos y psicólogos suelen aparecer demandas de personas de más de 25, 30 y hasta 35 años (¿40?), que recién se están independizando afectivamente de sus padres. Puede ser que tengan novio o que estén ya viviendo con su pareja, pero muchas veces nos comentan «extraño mi casa».

«Con Fulano peleamos todo el día. Él discute y se va a la casa de sus padres», etcétera.

Todas estas realidades que acompañamos diariamente nos enfrentan al dilema existencial: ¿Esta persona que está aquí delante, frente de mí, sentada, llorando, angustiada, es persona? ¿Es libre? ¿O simplemente está huyendo de sus padres, en el fondo, huyendo de sí misma, o tapando con un vínculo su vacío existencial?

La palabra dependencia viene de «pendiente». Pendiente tiene múltiples significados: que pende de un hilo, cuesta abajo, asunto sin resolver, alhaja que se lleva como decoración, etcétera. Estas acepciones nos remiten a que cuando vivo un vínculo dependiente (sea con mis padres o pareja o amigos) estoy como sin terminar, incompleto, en cuesta abajo y soy o llevo al otro/a como un objeto de decoración.

En el fondo, este simple ejercicio nos sirve para reflexionar en cómo estamos en nuestro camino hacia la libertad interior, como decía Viktor Frankl.

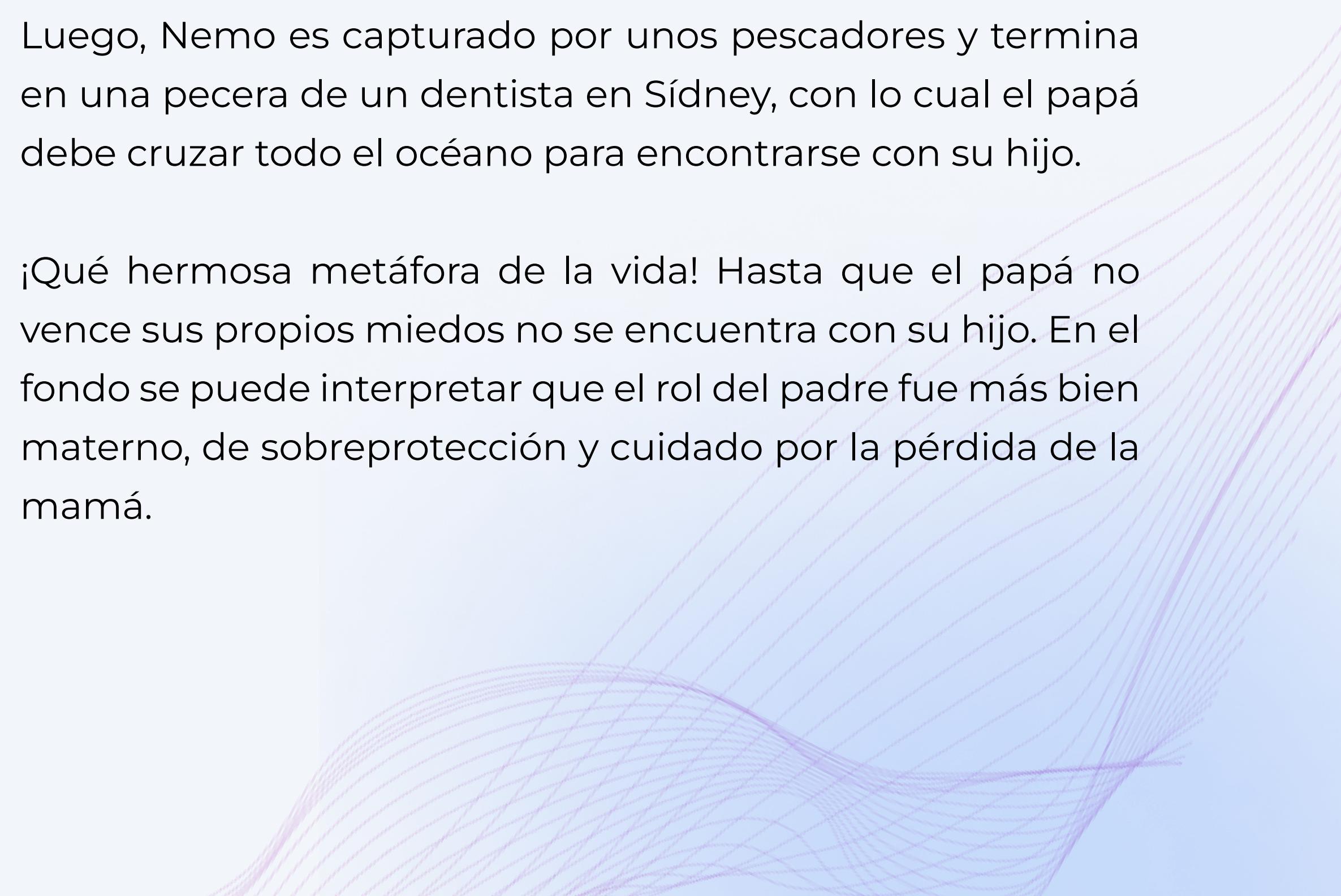
En la película Buscando a Nemo podemos observar la lucha de Nemo por su propia individualidad. Para recordarles brevemente el argumento principal, Nemo es un pez que vive con su papá (Merlín) en su casa (anémona). La mamá y sus hermanos murieron poco tiempo después de que él naciera, con lo cual el papá de Nemo y este se transforman en una familia. Ante esta situación, Marlín, se pega a su hijo.

Lo ama tanto (¿amor?) que no lo deja salir de su casa, lo sobreprotege.

En el inicio de la película, Nemo quiere explorar el océano (ser solo individuo, dejar a su padre y ser él mismo, salir de su casa). El padre lo ve, lo detiene y le dice: «Tú no puedes nadar solo». Nemo se rebela y le dice: «Porque tú tienes miedo, no quiere decir que yo también».

Esto es muy importante. ¡La rebelión! Rollo May en su libro El hombre en busca de sí mismo, dedica el capítulo IV al mito de Orestes, para explicar la evolución de la conciencia de ser persona. Al inicio, está la conciencia ingenua (cuando Nemo vive con su papá, previo a la salida). Luego está la conciencia rebelde, que es cuando se opone al padre y lo enfrenta. Se rebela y esta rebelión es clave para tomar la vida en sus manos. Sin transgresión no hay creatividad. Luego, Nemo es capturado por unos pescadores y termina en una pecera de un dentista en Sídney, con lo cual el papá debe cruzar todo el océano para encontrarse con su hijo.

¡Qué hermosa metáfora de la vida! Hasta que el papá no vence sus propios miedos no se encuentra con su hijo. En el fondo se puede interpretar que el rol del padre fue más bien materno, de sobreprotección y cuidado por la pérdida de la mamá.



En la próxima escena, están en la pecera con otros amigos, otro mundo (el mundo propio que el niño va creando) y Nemo queda atrapado en el tubo de oxígeno. Sus amigos lo quieren ayudar pero Gill (el viejo sabio de la aldea) les dice «no», enfáticamente. «No lo ayuden, él puede solito». Nemo lucha por salir hasta que lo logra. Él salió solo. Él solo pudo resolver sus conflictos.

Para eso tiene que aparecer la figura de Gill (otro padre o el padre mismo en su rol), que lo ayuda a que Nemo se pare sobre sí mismo. Esta es la conquista de la libertad, la conquista del ser. Ser libre.

Por eso Aldo Naouri llama a esta función del padre “sacar a la madre del abismo de la maternidad”. Porque la madre suele ser más sobreprotectora (como el papá de Nemo) y le cuesta soltar. El padre es egoísta en ese sentido, pero gracias a ese egoísmo, rescata a la madre de esta tensión (que incluso la agobia y la cansa) para salvarla de ese rol en el sentido de ayudar a soltar.

Por eso es que los padres suelen ser más fríos por naturaleza, o más objetivos, porque tienen que “ser fuertes” para dejar que el niño crezca.

Volviendo al ejemplo del inicio del artículo, actualmente, los psicólogos solemos cumplir este rol de Gill. Tratamos de ayudar a las personas que quieren volver a su anémona (con su papá y mamá, protegidos, asustados del miedo a vivir).

Para eso tenemos que ayudar a generar espacios de transición, para que los jóvenes pierdan el miedo a vivir, y se animen a salir afuera, que aunque hace frío, afuera está la vida, esa es la resolución existencial del drama de Edipo, **AMAR AFUERA**. El que se queda «amando adentro», queda condenado a un amor inmaduro, a quedar pegado a su dependencia emocional y no se anima a tomar la vida en sus manos. Sucede que afuera hace frío, porque afuera está el mundo, están los demás, pero aquel que no se arriesga a vivir no vive.

El pediatra Aldo Naouri dice que los adultos de la actualidad, no se animan a ser padres, con lo cual condenan a la generación anterior a seguir siendo «hijos». Es como si Nala nunca hubiera ido a Hakuna Matata a sacar a Simba.

¿Recuerdan aquella escena? Imaginen un Hakuna Matata ad eternum, estar siempre condenados a un carpe diem adolescente, sin nadie que te venga a buscar y ayudar a que salgas de ahí y tomes tu vida, tomes tu alma, tu lugar en el mundo. Sería muy triste, sería un vacío existencial permanente y estaría el joven en una frustración tan grande de su alma, que no podría decir que no a las drogas de moda. Le diría que sí a cualquier cosa, se dejaría manejar, se dejaría sujetar por el otro, manipular y depender, con tal de no pasar frío, de no rebelarse contra lo que intentan hacer de él (como Nemo con su padre). No podría disfrutar de su libertad, de la alegría de ser él quien decide su destino. No puede haber peor castigo para el ser humano que vivir una vida que no quiere vivir y no saber cómo salir de allí.

Por eso el otro, los otros: los padres, los educadores son claves en este proceso de recuperar nuestra adultez, nuestra madurez y saber ayudar al niño y al joven a que pase frío, a que luche por lo que quiere, a que salga de casa para poder amar afuera.

El sentido de la vida es respirar fuera de casa hasta formar tu propio hogar. Pero no ahogar al otro porque «sin ti me muero», eso son los vínculos dependientes y simbiótico. El amor sano y libre dice: «Porque puedo estar con otros..., elijo estar contigo». Porque contigo sigo creciendo y soy mejor persona. Entonces a tirarse al agua, a vencer los miedos y a luchar por la libertad como persona de nuestros hijos.

